

Terra incógnita

Los cuatro elementos que inspiraron las cosmologías, mitologías y filosofías milenarias fueron el agua, el fuego, el aire y la tierra.

Al agua le corresponde el gris, que se materializa con el barro.

Al fuego le corresponde el rojo, que se materializa con las cenizas.

Al aire le corresponde el azul, que se materializa con el humo.

A la tierra le corresponde el negro, que se materializa con el polvo.

Desde la Antigüedad, cada color proviene de la pulverización de minerales y destilados vegetales, de mezclas y combinaciones. Cada color es, a la vez, una huella y un fragmento de tierra, una imagen de la pluralidad de las tierras como de la singularidad de la Tierra. Pero hoy, ausente el pensamiento mítico o mágico, los fenómenos físicos, químicos y ópticos son mensurables y calculables. Los colores son frecuencias ondulatorias que ya no señalan las potencias oscuras de las profundidades de la tierra-madre.

En las obras de Teresa Pereda hay cuatro protagonistas: el hierro, el papel, el agua y la tierra. La chapa de hierro y la hoja de papel, cada una por su lado, constituyen los soportes bidimensionales de la imagen, consecuencia visible del "encuentro" entre el agua y la tierra. El agua (su fluidez y transparencia) juega un papel real y simbólico cuando impregna la tierra (su opacidad y resistencia). Vale decir, cuando lava y agita los sedimentos metálicos, cuando transporta y disuelve los restos orgánicos, deshaciéndolos y fusionándolos a escala micro y macroscópica.

El procedimiento de la artista con estas materias sólidas y fluidas plenas de accidentes es múltiple e inconstante. Consiste en observar y ensayar, en aceptar la sorpresa inesperada, en elegir el instante para detener o acelerar las metamorfosis en curso, en provocar turbulencias en el agua estancada, en esperar la formación de estratificaciones, en volver a intervenir rápidamente o lentamente, en descubrir (des-cubrir) imágenes de situaciones inestables, en dejar actuar el tiempo una y otra vez.

La poética, la identidad y la substancia de la obra de Teresa Pereda resultan de fijar sobre una superficie las manchas (irregulares) y los signos (inacabados) de la alquimia tierra-agua. Se trata de "favorecer encuentros" sobre el papel y la chapa que señalen los pasajes entre lo evanescente y lo consistente, entre lo húmedo y lo seco (lo húmedo sólo tiene sentido por oposición a lo seco). Esto significa registrar las huellas del lento proceso de descomposición y recomposición que animan los ciclos de la naturaleza.

Dejemos de pensar en la tierra como una simple materia desmenuzable que constituye nuestro suelo natural, con animales, plantas, raíces, rocas y ríos subterráneos. Pensemos en la Tierra con mayúsculas: un planeta con una figura esférica ligeramente aplastada por los polos, perteneciente a un sistema solar perdido en el espacio y habitado por seres humanos que tienen una historia.

La Tierra es irreducible e impenetrable. Todo proviene y se apoya en ella, todo se muestra y se oculta en ella: es origen, fundamento y destino.

Los valores ópticos y cromáticos de la obra de Teresa Pereda no olvidan la materia prima de donde provienen. Al contrario, realzan sus valores táctiles y cromáticos, sus texturas y contexturas: crean estímulos inesperados que excitan nuestra imaginación y nuestra percepción sensible.

Reiteremos otra vez más. Dos son los soportes de su producción reciente: la chapa de hierro y la hoja de papel. La dureza del hierro y la sed del papel son los atributos que dan lugar a la intimidad entre el agua y la tierra.

Horacio Zabala
Otoño de 2007